

DAVID GONZALO MAESO

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

La polémica religiosa entre Ibn Hazm y el judío Semuel Ibn Nagrella, Visir de Granada



DAVID GONZALO MAESO

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

La polémica religiosa entre Ibn Hazm y el judío Semuel Ibn Negrella, Visir de Granada

SALUDO A CORDOBA

En el cielo refulgente de la Historia de España, donde brillan tantos astros de primera magnitud, hay una reina ornada de triple diadema, madre gloriosa de perínclitos personajes, cuyos loores cantan los siglos a porfía y el poema onomástico de sus abigarradas calles: es Córdoba, la romana, la islámica, la cristiana, una de las ciudades-cumbres de la Historia universal. Sus blasones más excelsos son aquéllos que la abrigaron durante el Califato que lleva su nombre, época en que emuló la grandeza de Damasco y de Bagdad, siendo por espacio de más de un siglo la capital más poderosa del orbe.

Pero sólo Dios es grande y perdurable. Pasó la hegemonía de Córdoba, aunque no como la de Nínive o Babilonia, sepultadas entre sus ruinas y la ignominia del polvo milenar, sino dejando una estela luminosa de gloria y esplendor que jamás se extinguirá. El curso de los siglos nos trae periódicamente el recuerdo centenario de sus hijos inmortales, brindándonos la oportunidad de admirar aquellas glorias pretéritas, que, por cifrarse en valores espirituales, no morirán jamás, y son como estrellas resplandecientes que guían a los mortales en su peregrinación hacia la eternidad.

ENUNCIADO DEL TEMA

Uno de esos astros inextinguibles fue Abu Muḥammād 'Alī ibn Ḥazm, de cuyo óbito celebramos este año el noveno centenario. No he de intentar, ni podría hacerlo, un retrato de cuerpo entero de tan egregia figura: otros más capacitados lo han hecho en estas sesiones de cultura en honor suyo, o quizá diríamos mejor que entre todos los conferenciantes se irá perfilando la semblanza espiritual de aquel hombre extraordinario. Tratándose de tan excelso personaje, ningún trazo será ocioso ni menguada ninguna aportación.

Por la especialidad que cultivo y profeso en el austero y sugestivo campo de las Letras Semíticas, me ha parecido podría ser interesante una evocación —el tiempo de que dispongo no permite más— de la polémica religiosa sostenida entre los dos colosos intelectuales de aquel siglo tan pródigo en eminentes personalidades hispanas, ambos a dos glorias excelsas de la España musulmana: el conmemorado Ibn Ḥazm y el judío Semuel Ibn Nagrella, visir ilustre durante más de veinte años de dos reyes ziríes de Granada.

Toda polémica, aún o quizá más si es religiosa, suscita un clima de vehemencia ardorosa y pasional, hasta de simpatía y partidismo hacia uno de los contendientes, que puede en cierto grado renovarse al evocarla; pero en el caso presente nada más lejos de mi ánimo que plantear la discusión en esos términos vidriosos: es sólo una lección de Historia de la cultura en la España musulmana lo que deseo exponer con absoluta imparcialidad y objetividad ante vuestra ilustrada consideración. La presencia en este acto de queridos y doctos colegas, de dilectas discípulas —lo de bellas, a la vista está—, contribuye a darle un marcado carácter de lección, una más del curso, que quiero a todo trance acentuar, con la posible densidad y esquematismo.

El título y tema de nuestra disertación queda expuesto. Ahora bien, una polémica puede desarrollarse de muy diversas maneras y en variables circunstancias. Indicaremos las de ésta, anteponiendo un fugaz apunte biográfico de ambos personajes.

DRAMATIS PERSONAE

I. — Semuel ibn Nagrella o *ha-Nagid* nació en Mérida, en las postrimerías del siglo X (993), no precisamente en Córdoba, como afirman algunos autores, pero educóse en aquella "casa de las

ciencias" que a la sazón era la capital del Califato, cuando, muerto Almanzor (1002), empezaba ya a declinar la fúlgida estrella de los Omeyas; pero todavía perduraban los resplandores de la gran creación político cultural de 'Abd al-Rahmān III y su hijo Al-Hākam II. Allí adquirió eminente formación intelectual y amplísima cultura, por partida doble: en las escuelas árabes y en la Academia talmúdica fundada o enaltecida por Mosé ibn Hanok, antiguo maestro en la de Sura (Mesopotamia).

Los disturbios y luchas civiles que ensangrentaron los tres últimos decenios del Califato le obligaron a emigrar de la gran urbe cordobesa a la edad de veinte años y residió en Málaga. Un lustro después o poco más ya era *Kātib* o Secretario del rey Zawi, fundador de la dinastía zirí en Granada, cargo para el cual fue propuesto por el anciano visir Abu-l-Kāsim ibn al-'Arif, zahorí de los talentos y eximias prendas del judío, quien, al fallecer aquél, y por consejo del mismo en su lecho de muerte, le sucedió en el visirato, caso insólito y apenas repetido en la historia del Islam.

Desempeñó esa dignidad, máxima categoría después de la del rey, durante veintitantos años, con singular acierto, conquistando para la taifa granadina gran prosperidad y notable pujanza. A su muerte (1056), los poetas más eminentes, tanto judíos como musulmanes, dedicáronle a porfía encomiásticos poemas ensalzando sus méritos, acciones memorables y grandezas.

Pero no fue Ibn Nagrella solamente gran estadista, político de primera fuerza, estratega y gobernante; distinguióse también como primate en el cultivo de las letras, y al par que insigne poeta fue también gran mecenas de poetas. Su Diván alcanza la cuantiosa cifra de 1.742 poemas líricos religiosos, morales y filosóficos. Fue además conspicuo gramático y polemista en estas cuestiones, talmudista y docto en todas las ciencias. Dominaba seis idiomas.

Como complemento de este boceto biográfico, oigamos el soberbio elogio que hace de Ibn Nagrella el famoso historiador árabe Ben Hayyan:

“Este hombre maldito, aunque Alá no le había hecho conocer la sola religión verdadera, era, sin embargo, un hombre superior; poseía extensos conocimientos; sufría con paciencia las conductas torpes; a un espíritu lúcido y notable por su vivacidad, a maneras dulces y amables, unía un carácter firme, hábil y sagaz. Siempre de una cortesía exquisita, sabía aprovechar todas las circunstancias, poseía el talento de halagar a sus enemigos y desarmar su odio con su dulzura. ¡Qué hombre tan extraordinario! Escribía en las dos lenguas (árabe y hebreo); había estudiado la literatura de las dos naciones; había profundizado en los primores de la lengua arábica y se había familiarizado con los escritos de los gramáticos más sutiles. Hablaba y escribía, pues, el árabe con una gran facilidad, empleando esta lengua en sus propias cartas y en las que enviaba en nombre del soberano; se servía de las fórmulas habi-

tuales a los musulmanes, dirigía alabanzas a Alá, imploraba la bendición de Alá para Mahoma nuestro profeta y exhortaba al destinatario de la carta a vivir piadosamente según los preceptos del islamismo, cuya benéfica influencia glorificaba. En suma, habría podido creerse que sus cartas estaban escritas por un buen musulmán, ni más ni menos. Sobresalía además en las ciencias de los antiguos (los griegos), las ciencias exactas, y sobrepasaba a los que se consagraban a ellas, por su conocimiento de la Astronomía, que había estudiado con minuciosa atención. En las Matemáticas y en la Lógica poseía conocimientos suficientes, pero era superior en la Dialéctica, y en este terreno vencía siempre a sus adversarios. No obstante la vivacidad de su espíritu, hablaba poco y pensaba mucho. Reunió una hermosa biblioteca”.

II. — Bosquejada la semblanza de Ibn Nagrella, esbozemos la de su preclaro contrincante: ambos forman un curioso paralelo de analogías y contrastes. Había nacido Ibn Hazm en 994 —un año después que Ibn Nagrella— y era hijo de Ahmed, muerto en el 1012, visir que fue de Almanzor, el omnipotente *hasib* del inepto Hisam II. Su fuerte vinculación a la dinastía omeya fue causa de que en 1013, tras la cruenta revolución berberisca, fuera desterrado de Córdoba y demolidos sus palacios; fijó su residencia en Almería. Intervino con varia fortuna en las luchas turbulentas, conspiraciones e intrigas que convirtieron los dominios del Califato en un campo de Agramante durante todo el siguiente decenio. Llegó a ser ministro, dos meses no más, de Abd al-Rahmán V y después encarcelado, al sucumbir éste asesinado.

Durante todo ese tiempo de turbulencias y desasosiegos, cultivó con ardor la poesía, cuya colección más nutrida se encuentra en el famosísimo *Collar de la Paloma*, compuesto hacia 1020. Hay memoria asimismo de un Diván, no conservado. Está reconocido como el poeta más egregio entre los de su tiempo. Asqueado de la injusticia social y de la anarquía reinante, renunció a las actividades políticas y dedicóse de lleno al cultivo de las ciencias, principalmente de la Teología, Filosofía, Jurisprudencia e Historia, y sobre todas ellas escribió como verdadero polígrafo. Murió en 1063, o según otros en 1064 (456 de la hégira).

El maestro de los arabistas españoles del siglo XX, D. Miguel Asín, casi diríamos descubridor de las obras y grandeza de Ibn Hazm —su traducción del *Físal* o *Historia crítica de las ideas religiosas*, obra cumbre de nuestro autor, fue la primera aparecida en una lengua europea (1928)—, delinea de él el siguiente retrato:

“Uno de los más fecundos polígrafos y originales de la España musulmana, es el filósofo cordobés del siglo XI de nuestra era, Abenhazam el Tahirí. Historiador, poeta, gramático, literato, jurisconsulto, teólogo, exegeta, moralista, lógico, escritor de política, sicólogo, polemista y metafísico, a todas las ramas de la enciclopedia griega y musulmana consagró su pasmosa actividad,

exceptuando la matemática, en que se confiesa profano; a todas ellas aplicó, con la relativa rigidez que tan variadas materias permitían, un mismo criterio sistemático... Esta unidad de pensamiento que informa su sistema, esta originalidad e independencia en el examen de todos los problemas de la ciencia y de la vida, y en la crítica de todas las escuelas, sectas y religiones (exceptuando el Islam), debiera haber colocado a tan genial pensador en el primer plano del cuadro histórico del pensamiento medieval español, al mismo nivel que Averroes y Avempace, Avicbrón y Maimónides". (*Los caracteres y la conducta*. Prólogo del trad. Madrid, 1916, págs. IX-X). Páginas después añade el mismo maestro: "Los alfaquíes abominaban cordialmente a Abenhazam, cuyas formas en la discusión distaban mucho de ser suaves y benignas. Tan violento y acre debió ser en sus disputas, que en España y en Oriente quedó como proverbio: "La lengua de Abenhazam y la espada de Alhachach son hermanas gemelas". Y explica en nota el citado autor: "El mismo Abenhazam reconocía su propio mal humor e irritabilidad, atribuyéndola a una enfermedad que le produjo hipertrofia del bazo" (*Ibid.* p. XXVII).

En la *Disertación preliminar* que precede a la antes mencionada versión del *Físal* traza el mismo sabio arabista la siguiente semblanza de Ibn Hazm: "Aquel musulmán andaluz, orgulloso de su patria española, tanto como de su religión islámica y de su personal sistema teológico, fundió en uno solo estos tres amores de su espíritu: patria, religión y ciencia, que fueron el norte de su vida entera y la clave que explica toda su sicología. Por encima de la riqueza, del placer y de la gloria, Abenhazam puso siempre esos tres valores espirituales: religión, ciencia y patria. Por ellos renunció a las comodidades de una vida fácil que su opulenta casa le ofrecía, a ellos sacrificó sus legítimas ambiciones políticas, por ellos, en fin, soportó odios y persecuciones sin cuento de parte de los adversarios de sus ideas científicas y religiosas" (pág. 77, t. II). Ponderando la erudición que el teólogo musulmán demuestra, entre otras ramas, en la Escriturística tanto del Antiguo como incluso del Nuevo Testamento, dice el autor que hemos citado: "Pasma ver en un escritor musulmán del siglo XI un conocimiento tan minucioso de los libros bíblicos, un análisis tan escrupuloso de sus textos, cotejados (como lo pudiera hacer un especialista del siglo XX) en las dos diferentes versiones árabes de que se sirve para el libro de la Torá, cuyo códice describe con el esmero bibliográfico de un experto, confesando paladinamente ignorar la lengua hebrea del original; maravilla asimismo ver cómo aprovecha para sus fines polémicos todo el caudal de la literatura rabínica y talmúdica, cuyos libros conoce por sus títulos y por su contenido, que analiza y critica, sin dejar de citar también a menudo opiniones de teólogos judíos, que le eran conocidas, ya por sus propias obras, ya por las polémicas orales que con los rabinos españoles mantuvo, especialmente con el famoso Samuel Ha-Leví,

visir del rey Habús, de Granada; admira, en fin, verle citar de las *Antiquitates Iudaicae*, de Flavio Josefo, cuya personalidad, época y valor histórico muestra conocer exactamente..." (*Ibid.* p. 44-45).

Ya tenemos, pues, la presentación con todos los honores de los dos personajes que nos interesan, "las dos más grandes figuras de la vida intelectual de su siglo", en frase del Profesor García Gómez (*Vid. infra*).

RELACIONES ENTRE IBN HAZM E IBN NAGRELLA

Hasta el antes citado año 1013, cuando ambos paladines, caballeros de la Poesía, Filosofía y Bellas Letras, frisaban en los veinte abriles, convivieron en la capital del Califato, frecuentando los altos centros de cultura, y entrambos, por diversas causas, pero en la misma ocasión, tuvieron que emigrar de Córdoba en direcciones bien distintas, más que geográficamente, en el mapa inexorable del Destino.

Por aquel entonces ya habían discutido oralmente muchas veces, como queda dicho, el judío y el musulmán; el propio Ibn Hazm nos lo dice (*Fisal*, I, cap. 15.º, n.º 21; *vid. Asín*, t. II, p. 267), comentando el pasaje de Gn. 12:15 y 20:2, en estos términos: "Uno de los sabios judíos a quien yo traté, Ismael, hijo de Yúsuf el secretario, conocido por el sobrenombre de Abennagrela, me interrumpió una vez en este punto de la polémica, diciéndome..." Y más adelante (*Ibid.* n.º 36, *Asín*, p. 291) a propósito de Gn. 49:10: "Yo le obligué a confesar esto *al más docto y dialéctico* de los judíos, que era Samuel, hijo de Yúsuf el Leví el secretario, conocido por Abennagrela, en el año 404 (1013; *vid. nota de Asín*). Pero él me dijo... —Yo le dije..."

Pero esto solamente interesa como un antecedente de la polémica religiosa que nos ocupa, la cual fue por escrito, y por la forma y circunstancia en que se desarrolló podríamos calificarla de *sui generis*, según ciertas afirmaciones y datos incidentales suministrados por Ibn Hazm en su refutación.

INSTRUMENTOS DE LA POLEMICA

Tratáse, en efecto, de una controversia en que solamente se produjo un rebate por parte de Ibn Hazm, en su peculiar estilo, de afirmaciones vertidas en un escrito por Ibn Nagrella, sin que éste replicara; así terminó la cuestión. El judío, ya a la sazón visir del rey de Granada, intentaba señalar en su opúsculo ciertas contradicciones y errores del Alcorán. La refutación de Ibn Hazm era

desconocida hasta que el Dr. H. Ritter descubrió el año 1927 en la biblioteca de una mezquita de Estambul un códice con 16 tratados, nada menos, del polígrafo cordobés, todos ellos inéditos, a excepción del famoso *Libro de los caracteres y de la conducta*, editado anteriormente en El Cairo (1908) y traducido al español por D. Miguel Asín en 1916. Dice el Profesor García Gómez refiriéndose al opúsculo de Ibn Hazm que "es una obra escrita de prisa, con poco sistema y con perceptible precipitación y desorden" (*loc. cit.*, p. 2). Pero *ex ungue leonem*, y dada la prestancia de su autor, bien merece nuestra atención, tanto por las facetas que nos descubre de Ibn Hazm, aún cuando no sean en general sino confirmación de las que patentizan otras obras suyas, por ejemplo el *Físal*, anterior al opúsculo, y porque nos ofrece un cuadro vivaz animado de la época en el orden cultural y religioso.

Ante todo, ocurre preguntar: ¿cuándo compuso Ibn Nagrella el escrito en cuestión? Difícil es conjeturar la fecha exacta. No tenemos otro punto de referencia que las indicaciones de Ibn Hazm en su contestación, pues cuando ésta fue escrita ya el libelo había desaparecido. Confiesa nuestro autor haberlo buscado con insistencia y ahinco, sin conseguir encontrarlo. A falta del original, hubo de servirse de la refutación escrita anteriormente por otro musulmán, en fecha también ignorada, de cuyo trabajo se sirvió Ibn Hazm para una nueva refutación, tomando del mismo las citas en él contenidas del libelo de Ibn Nagrella.

De los datos aportados por Ibn Hazm y afirmaciones suyas que no dejan lugar a duda, dedúcese claramente que su autor, aquél judío inteligentísimo y de vasta cultura, pero sin relieve ni posición social, que fue antaño contrincante suyo en Córdoba, era en esta sazón nada menos que visir de Habbus b. Máksan, rey de Granada, que murió en 1038. Ello autoriza a suponer que el escrito en cuestión fue compuesto por Ibn Nagrella con anterioridad a esa data, *terminus ad quem*. Como parece del todo inverosímil lo redactara durante los años que prepararon su encumbramiento, desde que, simple droguero y pendolista de marca en Málaga, descubrió sus nobles prendas el anciano visir Ibn al-'Arif y le hizo su secretario, hasta que pasó a serlo del rey Zawi, y después sucesor del propio Ibn al-'Arif en el visirato, pues tal escrito habría supuesto un obstáculo en su carrera política y aun quizá grave riesgo personal, hemos de suponer, dada su indiscutible autenticidad, que Ibn Nagrella lo escribió cuando ya actuaba como visir.

Sobre el escrito mismo, no disponiendo de ninguna copia completa, nos es imposible formular una valoración adecuada. En primer lugar, como observa García Gómez y ya "notó Asín, el manuscrito *Ide Ibn Hazm, donde se contienen las citas del libelo refutado* aunque de letra oriental fácil y elegante, no es mucho de fiar, porque abunda en lagunas, textos alterados por desconoci-

miento del copista, puntuaciones deficientes o mendosas, etc. Siendo único, plantea, por tanto, difíciles problemas" (pág. 3). Por otra parte, un juicio a base de citas fragmentarias, incluso de segunda mano —caso presente— siempre será aventurado, pues la crítica nos enseña cómo, aún sin aviesa intención, que a veces existe en los polemizantes, los textos mutilados o desgajados del pasaje complejo pueden prestarse a equívocas o falsas interpretaciones.

Ignoramos asimismo el móvil que indujo al prestigioso y prudentísimo visir a pergeñar su opúsculo. ¿Fue tal vez por complacer a algún correligionario y exclusivamente *ad usum privatum*, voluntad que no se respetó? No parece probable deseara Ibn Nagrella, en la situación privilegiada que gozaba, indisponerse con quienes profesaban la fe islámica. Las rotundas afirmaciones susodichas de Ben Hayyan contradicen de plano tal supuesto. En todo caso, el libelo debió de tener muy corta extensión; hasta es posible se redujera a breves anotaciones sugeridas por la lectura del Alcorán.

La no prosecución de la polémica iniciada o continuada por Ibn Hazm, a pesar de los múltiples y tremendos insultos que éste le dirige, y no solamente al visir judío sino a su soberano, el rey zirí de Granada, por cuyo prestigio tanto debía aquél velar, pudiera ser un argumento en pro de la escasa importancia que el autor concedió a su escrito.

Pero el ardoroso temperamento de aquel formidable polemista, sobre todo religioso, que bullía en el alma de Ibn Hazm, tomó ocasión de ese folleto para asestar duros golpes a su antiguo contrincante de las academias cordobesas, y su refutación tuvo mucha difusión entre los musulmanes andaluces.

En consecuencia, las únicas conclusiones, al parecer ciertas, son: a) Que el escrito se compuso, precisamente en lengua árabe y fue obra del visir judío Ibn Nagrella; b) Que fue refutado primeramente por un teólogo musulmán cuyo nombre se ignora; c) Que se perdió o vino a ser de muy difícil adquisición o consulta; d) Que Ibn Hazm compuso una nueva refutación a base de la primeramente efectuada; e) Que Ibn Nagrella no contestó ni prosiguió la polémica, al menos no consta, sino que él y su soberano, tan atrozmente denostados por Ibn Hazm, dieron la callada por respuesta, ya que es de suponer llegara a ellos alguna copia del opúsculo hazmiano.

ESTUDIO ANALITICO POR EL PROF. GARCIA GOMEZ

Vemos, pues, hay bastantes puntos oscuros en este asunto. El Profesor García Gómez publicó en *Al-Andalus* (Vol. IV, 1936-39, págs. 1-28) un detallado estudio analítico acerca de esta "Polémi-

ca religiosa entre Ibn Hazm e Ibn Nagrella”, o Ibn al-Nagrila, como reza el título, razón por la cual y ser, por otra parte, impropio de una disertación o lección pública como ésta —cuyos estrechos límites rebasaría— una exposición detallada del opúsculo de Ibn Hazm, con su adecuado comentario, renunciamos a repetir —casi diríamos desdorar— su magistral estudio, a donde remitimos al curioso lector.

NUESTRO PUNTO DE VISTA

Nos limitaremos, a modo de corolario, a unas consideraciones extrínsecas, que fluyen naturalmente del asunto, las cuales creemos, sin embargo, son del máximo interés, respecto a los personajes, ambiente cultural del momento histórico en la España musulmana y relaciones entre musulmanes y judíos. Ello no obsta, para que antes esboce un sucinto resumen del opúsculo de Ibn Hazm.

MEOLLO DE LA CUESTION

El sabio arabista mencionado sintetiza el contenido, método, estilo y alcance del opúsculo en estas ajustadas palabras:

“Consta de ocho artículos y un epílogo, sin contar el prólogo y la conclusión —de que nos ocuparemos en seguida— en que ataca, sin nombrarlos, a Ibn al-Nagrila, al rey zirí de Granada y a los judíos en general. Los ocho artículos están dedicados a las ocho objeciones de Ibn al-Nagrila. El esquema de cualquiera de ellos es el siguiente: Primero se expone la objeción o contradicción sostenida por Ibn al-Nagrila; a continuación se dedican a éste abundantes insultos (1), que —reunidos— formarían una lista considerable; luego se demuestra la inanidad de la objeción o contradicción, y, por último —con esa justicia distributiva polémica, tan propia de los tiempos medievales— se indica que donde sí existe contradicción es en la Torá, libro que merece también de Ibn Hazm un respetable número de denuestos. Pero la saña del autor no se aplaca todavía, y en el *Epílogo* da un breve catálogo de las impiedades y errores que, a su juicio, existen en los libros sagrados de los judíos” (pág. 3).

(1) Como ejemplo de éstos, basta el sartal que figura en el art. 7.º, según la traducción de García Gómez: estúpido ignorante, necio cargante, ignorante de la Medicina y de la lengua árabe, mentecato, privado de razón y de vergüenza, alienado, majadero.

Resumiendo nuestro modesto e imparcial juicio acerca de las ocho contradicciones que en el Alcorán señala el escrito de Ibn Nagrella, aduciendo en cada uno dos pasajes, al parecer contrapuestos, y las que, contraatacando, plantea Ibn Hazm, bien en la misma forma, bien como supuestos errores en la Biblia, diremos, elevándonos a un plano superior, lejos de las limitaciones y pasiones humanas, y sin entrar en discusiones, en este caso ya inoportunas y estériles, que algunas de esas objeciones, de una y otra parte, son nimias y de poco fuste, a la luz de la exégesis actual; otras, en cambio, aguzarían el ingenio de los más expertos exégetas coránicos y escrituristas.

Pero hay varios hechos indiscutibles en los que sí deseamos insistir, porque arrojan raudales de luz sobre el ambiente cultural de aquella época en la España musulmana. El judío Ibn Nagrella, perfecto conocedor de la lengua y literatura árabe —recordemos nuevamente a Ben Hayyan—, pese a los dictérios de su rebatidor, lee, estudia, compara el Libro sagrado de los musulmanes, de cuyo contenido se muestra suficientemente informado; no lo desdeña, a fuer de adepto de otra religión, como en siglos posteriores harían con los libros religiosos islámicos y también cristianos muchos judíos. El visir granadino es un espíritu abierto a todas las corrientes y a todos los saberes. Su escrito es, en cierto modo, un comentario —aunque de signo negativo— de textos coránicos, para lo cual no basta entender bien el texto literal, sino también estar suficientemente imbuido en la teología islámica.

Hablemos ahora de su genial contrincante, prescindiendo de esa “única sombra que a los ojos del pensador cristiano y europeo oscurece y afea la espléndida aureola del genio de Abenhazam” en frase de D. Miguel Asín (*Físal*, t. II, pág. 76) (2). Hagamos también caso omiso de los improperios, vituperios y denuestos, que a tenor del estilo de la época —podríamos citar cuantiosos ejemplos—, pero con mayor virulencia de la usual, como anteriormente consignamos, propina al impugnador, y fijémonos en las brillantes facetas de su vasta cultura. Ya antes hemos aducido brillantes testimonios del mismo llorado maestro. Añadamos otro más.

El caso de Abenhazam —dice— bastaría por sí solo para demostrar cuán favorables condiciones ofrecía la España musulmana del siglo X (3) para esos estudios de erudición histórica y de crítica filosófica sobre las doctrinas religiosas. Su biografía nos ofrece, en efecto, el más peregrino contraste que cabe imaginar:

(2) Se refiere a “su odio al cristianismo, su ciega incomprensión para los altos valores culturales que tiene nuestra fe en un Dios, Padre amoroso de los hombres”.

(3) Podríamos añadir “y el XI”, teniendo en cuenta las fechas del nacimiento y muerte de Ibn Hazm.

el de un hombre que hasta los treinta años de su edad no había apenas saludado los estudios teológicos, que jamás en su larga vida de setenta años traspuso las fronteras de su patria, ni siquiera para visitar el Oriente — como casi todos sus contemporáneos lo hacían — y cumplir con el deber de la peregrinación, y que, a pesar de este aislamiento, fue capaz de reunir una tan colosal información histórica y un espíritu crítico tan sagaz, que le permitió analizar y juzgar en sus obras, y especialmente en su *Fisal*, con personal criterio, todas las creencias religiosas y todos los sistemas dogmáticos y jurídicos de su tiempo (*Ob. cit.* t. II, p. 34).

El conocimiento que Ibn Hazm tenía de toda la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento — de éste quizá aún mayor que de aquél — era absoluto; la facilidad con que maneja citas y referencias, la sutileza con que plantea sus objeciones y los razonamientos que alega, demuestran una familiaridad con el texto escriturario que hoy día solamente los especialistas alcanzan. Recordemos que el opúsculo fue compuesto, al parecer, de prisa, lo cual corrobora ese dominio que el gran polígrafo tenía de la Sagrada Escritura.

Otra faceta señala Asín a este respecto:

“La crítica que Abenhazam hace de las antilogías evangélicas, en número de setenta, además de llenar en la historia de los estudios bíblicos un vacío de muchos siglos — los que transcurren desde Celso hasta Voltaire — ofrece materiales de subido interés técnico para el exegeta y para el historiador del cristianismo árabe” (*Ibid.* p. 49).

Finalmente, señalaremos la irreductible animadversión del gran polígrafo hacia el judaísmo — lo propio que al cristianismo — en el orden ideológico y religioso, y por lo que a los judíos se refiere, representados en la persona de un visir — para más escarnio ante los fieles musulmanes — su aborrecimiento no tiene límites. Para él son “traidores que, bajo la apariencia de su debilidad, ocultan todo género de astucias y engaños y a quienes Dios no ha concedido la fuerza, pero sí, en cambio, el fraude, la hipocresía, el latrocinio y una sumisión falaz, unida a la más encarnada enemistad contra Dios y su Profeta”. En estas palabras sintetiza el Sr. García Gómez la actitud de Ibn Hazm con respecto a los judíos. Su animosidad se extiende a quienes como el rey de Granada — al que alude sin nombrarlo — pues “los acerca a sí y tiene con ellos intimidación personal — son palabras del propio Ibn Hazm — merece (si Dios — ¡ensalzado sea! — quiere) que Dios haga caer sobre él, lo mismo que sobre ellos, es a saber, la ruindad, la mezquindad, el desprecio, la vileza, la humillación en este mundo, sin contar el doloroso tormento que les infligirá en la otra vida. En verdad, quien hace semejante cosa es digno de participar con los judíos en las amenazas que Dios (¡ensalzado sea!) les dictó en el libro quinto de la Torá” (*Loc. cit.* p. 23).

En la historia de las relaciones y vicisitudes entre musulmanes y judíos, vemos no puede faltar el testimonio contundente de Ibn Hazm.

Pocos lustros después de escritas estas palabras (1066) cerca de cuatro mil judíos perecieron en cruento *pogrom*, a manos de los granadinos, exacerbados por el rumor, tal vez fundado, de que Yosef, hijo y sucesor indigno de Semuel Ibn Nagrella en el visirato y que murió en esa ocasión crucificado, pretendía entregar Granada a los almerienses. Los huesos de Ibn Hazm muerto hacía tres años, debieron de trepidar de júbilo en su tumba...

EPILOGO

A través de un breve opúsculo del glorioso polígrafo cordobés Ibn Hazm hemos columbrado algunas de las facetas de su mente genial y su rica sicología. Es el rasgo que nos ha correspondido realzar en la semblanza prócer de este ilustre vástago de la gran metrópoli del Califato, que, como os decía al principio, estamos dibujando con ocasión de su noveno centenario en esta ciudad, cuna gloriosa en todos los tiempos, pero más entonces, de grandes artistas y nobles personalidades.

D. G. M.